

## **Evolución de las identidades de género en mujeres mayores de una comunidad rural: una aproximación biográfica**

*On the evolution of elderly women's gender identities in a rural community: a biographical approach*

**Lorena Morán-Neches**

Universidad de Oviedo, España  
moranecheslorena@gmail.com

**Julio Rodríguez-Suárez**

Universidad de Oviedo, España  
juliorod@gmail.com

**Recibido:** 10/03/2020

**Aceptado:** 04/07/2020

### **Formato de citación:**

Morán-Neches, L., Rodríguez-Suárez, J. (2021). "Evolución de las identidades de género en mujeres mayores de una comunidad rural: una aproximación biográfica". *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 88, 49-69, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/moranneches.pdf>

### **Resumen**

La finalidad de este artículo consiste en analizar la evolución en el tiempo de las identidades de las mujeres mayores de una comunidad rural del norte de España, en concreto en el poblado minero de La Camocha, ubicado a las afueras de la ciudad asturiana de Gijón, atendiendo particularmente a sus identidades de género. Desde una metodología cualitativa, se han realizado entrevistas en profundidad e historias de vida a seis de estas mujeres para recuperar y poner en valor sus experiencias vitales y profundizar tanto en sus identidades individuales, sociales y colectivas, como de género. El análisis de los resultados se centra en la doble dimensión, de cambio y continuidad, observada en torno a su construcción identitaria. Si bien no se puede concluir que exista una marcada identidad de género, continuando muy presente en ellas la dimensión tradicional de la feminidad, casi todas identifican y condenan las discriminaciones y malos tratos sufridos durante su vida y lo que ello supone desde un punto de vista estructural.

### **Palabras clave**

Identidades, género, feminismo, mujeres mayores, historias de vida.

## **Abstract**

The aim of this paper is to analyse the evolution over the years of elderly women's identities in a rural community in northern Spain, specifically in the mining town of La Camocha, located on the outskirts of the Asturian city of Gijón, paying particular attention to their gender identities. Using a qualitative methodology, in-depth interviews and life stories have been carried out with six of these women in order to recover and value their life experiences and to deepen their individual, social and collective identities, as well as their gender identities. The analysis of the results focuses on the double dimension, of change and continuity, observed around their identity construction. Although it cannot be concluded that there is a marked gender identity, with the traditional role of femininity continuing to be very present in them, almost all of them identify and condemn the discrimination and ill-treatment they have suffered during their lives and what this means from a structural point of view.

## **Keywords**

Identities, gender, feminism, older women, life stories.

## **1. Introducción**

El presente trabajo nace con la finalidad de contribuir a la revisión de las diferentes perspectivas de género a partir de la recuperación y puesta en valor de las experiencias vitales de las mujeres. Su principal objetivo consiste en analizar en concreto las vivencias y discursos respecto a la propia biografía y a la configuración de la identidad personal, social, colectiva, y en particular de género, de las mujeres mayores de La Camocha, una comunidad rural del norte de España vinculada a la minería, a fin de conocer la evolución experimentada a lo largo del tiempo en sus identidades. Para lograrlo, se hace necesario poner en marcha la escucha y puesta en valor de las voces de estas mujeres. Estas voces, siempre condicionadas y silenciadas bajo la imposición de los discursos masculinos y su visión de la realidad (una, la suya), precisan de un trabajo de reelaboración y recuperación de los significados para pasar de los impuestos a los propios, quizá nunca expresados, pero sí latentes (Di Liscia, 2007).

Esta redefinición de los propios discursos y significados puede llevar a la transformación de las identidades sobre las que se sustentan, desde el plano individual hasta el social y colectivo. En este proceso cobra gran relevancia el paso del tiempo, la vivencia de nuevas experiencias y la evaluación con ello de las pasadas. Todos los elementos mencionados influyen e intervienen relacionándose entre ellos para definir y redefinir las diversas identidades que conforman al individuo.

El estudio de estas potenciales transformaciones precisa centrar la mirada en el peso que las identidades de género tienen en esos procesos: desde conformar los propios agentes de cambio, hasta ser objeto de dichas transformaciones, reconfigurándose con ello y siendo al mismo tiempo causa y consecuencia. En todo caso, no se debe olvidar que la identidad de género se desarrolla a través de un proceso complejo y dinámico que involucra variables individuales, sociales y culturales, siendo un hecho incuestionable que su construcción social y cultural, a través de roles, modelos y estereotipos esperados y exigidos, ha dejado siempre en desventaja al género femenino.

En definitiva, se trata de analizar, atendiendo a las biografías de estas mujeres, en qué medida las identidades de cada una ellas se han ido reafirmando en sí mismas, consolidando sus bases mediante pequeños reajustes sin llegar a modificar su estructura, o si bien se ha producido algún proceso de clara transformación.

## 2. Marco teórico

### 2.1. Identidad(es)

De entre los múltiples y diversos paradigmas de interpretación de la realidad existentes en el marco de las ciencias sociales, el dominante es sin duda el que parte de la perspectiva evolutiva junto a la concepción de la identidad como construcción básicamente social y cultural; así, “la identidad es una relación y no una clasificación” (Escudero, 2005: 53), pudiendo definirse en un primer momento como:

“una construcción altamente personal desarrollada a través de la integración de varias identificaciones y des-identificaciones con otras personas significativas y grupos de referencia, y una construcción social generada a través de la internalización de roles y del reflejo de las valoraciones de otros” (Western y Heim, 2003: 646).

Un rápido repaso por la evolución del estudio teórico de la identidad nos muestra que las diferentes teorías explicativas surgen desde multitud de disciplinas a lo largo de todo el siglo XX hasta nuestros días, iniciándose en las ciencias sociales de la mano del psicoanálisis de Sigmund Freud hasta ocupar un lugar central para éstas desde la década de los años 60 (Marcús, 2011), alejándose progresivamente de la visión cognitivista de la identidad. De esta forma, autoras como Téllez (2002) entienden la identidad como una abstracción, un concepto para el análisis que el investigador/a y científico/a social construye para acercarse al estudio de la realidad, reconociéndose, no obstante, que en dicha realidad social no exista ningún elemento autónomo del resto ni puro en esencia, que sea un continuo borroso en sus límites (Téllez, 2002; Hurtado, 2003).

Se desdibuja así la identidad como una definición compuesta, dinámica y dialéctica del “yo” en relación con “los otros”, un hecho subjetivo construido en la relación del individuo con la vida social (Escudero, 2005; Marcús, 2011). Una identidad borrosa para Hurtado (2003), indeterminada e indeterminable, en constante devenir y de diferente interpretación según se mire, que adquiere claridad al definirla en respuesta a algún arquetipo social. Piaget o Dolto, por ejemplo, apreciaron esto mismo al estudiar el desarrollo de la identidad en la infancia, del “yo” en el niño/a, esto es: que la identidad pareciera modificarse a lo largo de la vida; posteriormente, diferentes estudios han ido demostrando su variabilidad a lo largo del tiempo:

“la identidad no es una tarea de la infancia sino un proceso continuo y permanente, sujeto a los cambios que observamos en los otros, a los contextos sociales, a las experiencias individuales y por supuesto vinculadas también a los costos y ganancias que se desprenden de ésta” (Rocha, 2009: 257).

En este sentido, la identidad se relaciona íntimamente con el autoconcepto, es decir, con la imagen y las creencias que una persona tiene de sí misma, forjada a través tanto de los roles desempeñados a lo largo de la vida como de los grupos a los que se pertenece, y conformándose como una necesidad universal: todos necesitamos poseer un autoconcepto distintivo que nos haga sentir en cierto modo únicos (Páez *et al.*, 2003). Este autoconcepto, además, implica “la puerta a una reflexión sobre el cuerpo, el rol y el lenguaje” (Escudero, 2005: 53). Junto a ello, y ya que hablar de identidades es hablar de personalidad, en concreto del desarrollo de la personalidad en un contexto de interacción social (Kroger y Marcia, 2011), cabe recordar de igual modo que son numerosas las dimensiones que influyen en la conformación y reconfiguración de la personalidad. Hampson (1986) destaca la estabilidad en el tiempo y la consistencia

como elementos fundamentales de la personalidad, reconociendo la coexistencia de ciertos niveles de estabilidad, pero también de cambio; mientras que Hooker (2002) identifica tres niveles dentro de la personalidad: los rasgos de personalidad, las adaptaciones características y la historia vital y su percepción. Al respecto, ciertos autores diferencian, dentro de la denominada “matriz estructural identitaria” (conformada por los factores estructuradores de la identidad), la identidad étnica, la identidad de género y la identidad socioprofesional, poseyendo cada una de ellas contenidos culturales propios (Moreno, 1997).

## **2.2. Identidad personal, social y colectiva**

Como hemos visto hasta el momento, la identidad, al igual que toda construcción individual, no es un todo acabado, sino que parte del conjunto de circunstancias socio-históricas de cada sujeto concreto en construcción, es decir, es social en tanto parte de un contexto, situándose a medio camino entre la acción individual y la estructura social (Esteban, Vila y Bastiani, 2010).

Ya para Durkheim, las representaciones sociales y la conciencia colectiva no pueden reducirse a procesos psicológicos individuales. En su opinión, a pesar de tratar de separar los hechos individuales de los colectivos, los primeros no pueden darse sin los segundos, de forma que los procesos psicológicos colectivos son la base de gran parte de los individuales, dándose a partir de la interiorización de lo colectivo. En este sentido, tal y como señalan Morán-Neches y Rodríguez-Suárez (2020), no es posible analizar los procesos cognitivos de las personas ni sus comportamientos sociales de forma aislada e independiente, pues lo individual se vincula inexorablemente a lo social.

Así mismo, Ortega (2009) indica que los movimientos y fenómenos sociales en general son consecuencia de contextos concretos, los cuales se configuran mediante una mezcla de vivencias tanto colectivas como individuales que conforman las identidades personales y la construcción discursiva de la realidad. Así lo reflejan, de igual modo, autores como Rodríguez y Seoane (1989) al ver la construcción de la propia identidad y sus procesos básicos como resultado de los procesos de interacción y socialización, y del contexto social en que dicha actividad psicológica se enmarca, o Santiago (2018), quien resalta la dependencia existente entre la constitución del valor propio y reconocimiento del “yo” y la necesidad de enmarcar esto en una estructura social de referencia, siendo imposible desarrollarse autónomamente sin la vinculación a determinados apegos sociales.

De este modo, las personas se categorizan a sí mismas como pertenecientes a diferentes grupos o categorías sociales, juzgando dicha pertenencia positiva o negativamente a través de la comparación social con otros grupos y conformando, así, su identidad social. En su ya clásica conceptualización del término, Tajfel define la identidad social como:

“aquella parte del autoconcepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo (o grupos) social junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia” (Tajfel, 1984: 292).

En este sentido, tal y como señala Brewer (2001), la persona interioriza las propiedades de un grupo al que pertenece como parte de su autoconcepto, pudiendo obtenerse una identidad social basada en la persona, sus relaciones y su grupo, así como una identidad colectiva al enmarcar los atributos que definen al grupo en un contexto determinado.

Todo ello, en definitiva, resalta el reconocimiento inevitable de la naturaleza social del ser humano y la transversalidad de esta dimensión en todos los aspectos de su identidad y descripción de la realidad. Cabe resaltar el modo en que Úcar (2009) lo evidencia al definir una comunidad como un conjunto de individuos que se sienten comunidad.

### **2.3. Identidad de género**

No es la finalidad de este artículo sumergirse en una reflexión sobre el concepto de identidad de género y todo lo que ello supone y ha supuesto a lo largo del tiempo, dado que hacerlo conllevaría extenderse en exceso (para una revisión teórica pormenorizada, puede acudir a García-Leiva, 2005, o Rocha, 2009). Se tratará, pues, de clarificar las bases del concepto desde una perspectiva feminista.

De modo general, la identidad de género aúna la autoclasificación como hombre o mujer sobre la base de lo que culturalmente se entiende por hombre o mujer (López, 1988) con el conjunto de sentimientos y pensamientos que tiene una persona en cuanto miembro de una categoría de género (Carver, Yunger y Perry, 2003). Existen múltiples teorías explicativas en relación con el origen y desarrollo de dicha construcción.

“Tradicionalmente se han adoptado dos líneas argumentales: 1) aquella que se centra en los procesos internos al sujeto y 2) la que estudia la interacción entre los procesos psicológicos básicos y los factores sociales y situacionales” (García-Leiva, 2005: 3).

No obstante, la identidad de género no deja de ser, como venimos viendo con la identidad en su conjunto, la combinación de ambas líneas, es decir, una construcción individual influida por su ambiente, en este caso basado en una división binaria del género acompañada de múltiples y enraizados roles asociados. Sin embargo, si algo han establecido multitud de autoras hasta la fecha es que la identidad de género va mucho más allá del sexo biológico, a pesar de su vinculación como sinónimos durante siglos.

De este modo, desde variables como el aspecto físico, la conducta y la orientación sexual se han definido de forma institucionalizada a lo largo de la historia estas identidades de género (Ramos, 1999). La categorización, los estereotipos, los roles, los modelos y el aprendizaje de conductas son elementos “partícipes en la construcción del self, pero por sí solos no pueden explicarla” (García-Leiva, 2005: 8). Dado que el proceso mediante el que se desarrolla la identidad de género es complejo, dinámico y de carácter multifactorial, involucrando múltiples variables individuales, sociales y culturales (Rocha, 2009), podemos concluir entonces que la construcción de la identidad de género femenina combinará elementos de muy diverso tipo: “los roles que representan las mujeres, las definiciones de los roles, las valoraciones de éstos y las características en tanto atributos y estereotipos de género” (Fritz, 1999: 116).

En todo caso, resulta obvio, aunque aún necesario, señalar que la construcción social y cultural de estas identidades de género ha dejado siempre en desventaja al género femenino en sus roles, modelos y estereotipos esperados y exigidos.

### **2.4. Transformación de identidades**

Santiago (1998) establece tres etapas o estadios en el proceso de desarrollo de la persona que se repiten de forma cíclica a lo largo de toda la vida: crisis, asimilación y estabilización. En la primera de ellas, la persona percibe gran cantidad de información, lo cual genera cambios muy rápidos que en ocasiones le impiden reconocerse a sí misma. Posteriormente, esa información nueva es elaborada junto a los cambios que se

han producido, quedando archivados en “la biblioteca de la experiencia”. Por último, en la tercera fase se produce una pausa, donde los nuevos conocimientos generan un estado de seguridad en el individuo. Será entonces el momento de poner en práctica el aprendizaje adquirido a lo largo de este proceso, especialmente en la primera fase de crisis.

Tal y como estamos viendo, la identidad nunca es definitiva, sino que está en constante evolución como resultado de los cambios que se dan en el entorno del individuo (de nuevo tanto en un plano social como interno), provocando a su vez cambios en las actitudes y conductas. Estos procesos de cambio, cuando llevan a la persona a ser protagonista de su propia historia, son los que se engloban, cada vez en mayor medida, bajo el término común de “empoderamiento”. De este modo se ha llegado a definiciones como la de Úcar (2009), quien entiende la concientización y el empoderamiento como dimensiones de configuración constante del individuo.

Diversos autores (Batliwala, 1997; Banda y Morales, 2015, entre otros) se refieren al empoderamiento como a un proceso que comienza en el plano individual e internamente psicológico para proyectarse en la vida social mediante la transformación, en primer lugar, de sus realidades más inmediatas, siguiendo a continuación hacia participaciones activas en sectores más amplios de la comunidad, así como hacia el cuestionamiento de las relaciones de poder y realidad cultural. En otros casos, son los cambios (generalmente momentos de dificultad e inestabilidad que suponen un reto para quien los sufre) en la realidad de dichos actores lo que supone la oportunidad de aprendizaje y provoca que se dé el primer paso para comenzar un proceso de reconstrucción personal y fortalecimiento de la inteligencia emocional (Santiago, 2018). Por otro lado, Banda y Morales (2015), siguiendo a Christens (2012), también ponen en valor la capacidad de determinados espacios y contextos de participación para promover el empoderamiento psicológico, es decir, la potencialidad de determinados entornos como empoderadores.

Núñez y colaboradores (2014), por su parte, se refieren como “acción comunitaria” a las acciones que contribuyen a la construcción de escenarios favorecedores para el desarrollo tanto individual como comunitario según las metas de diversos colectivos humanos con identidades compartidas. De este modo, la participación social se conforma como nexo entre el nivel individual y colectivo, al tiempo que sirve de puente hacia la negociación de las condiciones de vida de la población (Bentancor, 2011).

## **2.5. Mujeres e identidad**

Como ya adelantábamos, este tipo de procesos, a pesar de poder compartir un contexto de desarrollo, son contruidos y percibidos de forma subjetiva, por lo que cabe pensar que existan diferencias si atendemos a ciertos criterios como puede ser el género. En concreto, si nos centramos en la transformación identitaria en el caso femenino nos encontramos con algunas de las dificultades o desventajas que esta división binaria establecía para ellas. Para llevarlos a cabo, pues, es primordial comenzar por un proceso en que las mujeres dejen de “ser habladas” para comenzar a hablar, en palabras de Ramos y Vera (2002). Así, resulta especialmente útil para potenciar estos procesos englobados bajo términos como “empoderamiento” escuchar lo que las mujeres quieren contar y, más si cabe, lo que, por imposición más o menos directa, siempre han callado (que no olvidado). La memoria se nutre, de este modo, tanto de lo explícito como de lo implícito, de lo visible y lo apagado y silenciado, pero, aun así, presente. Tal y como señala Di Liscia (2007), rescatar todo esto implica para las propias mujeres un ejercicio de deconstrucción y elaboración de los propios recuerdos y, sobre todo, una tarea en la que rescatar la memoria supone su visibilización y reconocimiento (esta vez por todos, esto es, ya en el plano social).

Para eliminar las desigualdades construidas (social y culturalmente) a partir de las diferenciaciones de género, estos procesos resultan necesarios tanto para los individuos como para las sociedades que componen y, con ello, sus identidades individuales y colectivas. En palabras de una activista india, citada por Kannabiran: “la familia es la última frontera de cambio en las relaciones de género... Uno sabe que [el empoderamiento] ha ocurrido cuando cruza el umbral del hogar” (Batliwala, 1997: 9).

Estos procesos de participación y capacitación cobran especial relevancia en edades avanzadas donde, a pesar de que la vejez debe ser vista y analizada como “un proceso de diferenciación e individualización” (Trinidad, 2006: 65), ya que no existe un prototipo de “mayor”, sino de “mayores”, por lo general la muerte, la soledad o los problemas de salud vinculados a la edad son constantes retos que la vida pone delante de estas personas. El envejecimiento puede definirse, así, como “un proceso natural, gradual, de cambios y transformaciones a nivel biológico, psicológico y social, que ocurren a través del tiempo” (Sánchez, 2000: 33).

“[Estos cambios] pueden ser detonantes de cambios en la lectura que realiza el sujeto sobre su identidad, que tensionan y ponen en cuestión a sí mismo, lo que puede incrementar inseguridades, fragilizar mecanismos de control y afrontamiento, demandar nuevas formas de adaptación o modificar proyectos” (Iacub, 2011: 29).

En relación con la soledad, en concreto, diversos autores, como Cardona y colaboradores (2007) o Rodríguez (2009), establecen una serie de causas principales por las que aparece en las personas mayores: un deterioro en las relaciones familiares, una menor participación en actividades agradables y, en definitiva, un proceso de aislamiento social. Es decir, se carece de una red social adecuada que genere en el individuo un sentimiento de pertenencia (Muchnik y Seidmann, 1998), con todo lo que ello tiene que ver con la configuración de su identidad individual, social y colectiva.

Es en estos momentos en que los sentimientos de soledad van ganando protagonismo cuando tanto la implicación como la vinculación social se hacen, precisamente, vitales. Siguiendo a Triadó y Villar (2006), podemos ver cómo la participación social tiene un papel fundamental para el envejecimiento satisfactorio y la reconfiguración identitaria hacia un modo de vida positivo. De esta forma, las redes sociales resultan básicas en la construcción subjetiva de las personas y el apoyo social se convierte en un sustento necesario para el afrontamiento y la amortiguación ante situaciones difíciles, pérdidas, problemas de salud, etc., lo que implica una mejora en la salud tanto física como mental y, obviamente, social. Así, el proceso de empoderamiento en las personas mayores se asocia con la participación comunitaria y la integración social (Iacub, 2010).

De nuevo, en este caso, a la hora de la configuración de la propia identidad las diferencias por género son importantes, ya que la evaluación que realiza cada persona de sí misma varía, entre otros factores, en función del género (Ramos, 2015). Por ello, esta cuestión es especialmente relevante si hablamos de mujeres, mujeres de edad avanzada, quienes han visto su voz limitada, en mayor o menor medida, durante toda su vida y les ha sido especialmente difícil el elaborar términos propios fuera de los significados ya creados dentro de relaciones de subordinación (Ramos y Vera, 2002; Di Liscia, 2007).

“Han desarrollado un curso vital muy marcado por las tradiciones, por el sometimiento al padre y al marido; ser madre, preocupación por el bienestar de otros, y dependiente del proveedor masculino, sumado a esto, está la condición de ser mujer, que en esos tiempos restringía las actividades de la mujer al ámbito de la casa y a los hijos” (Hernández, 2000: 16).

Centrándonos en mujeres mayores (quienes configuran nuestro objeto de estudio), algunas autoras han observado que los roles de género en que generalmente se han desarrollado y en función de los cuales han sociabilizado a lo largo de su vida, suelen seguir latentes aún al final de ella, siendo, si cabe, más invisibilidades por un doble motivo: mujer y mayor, algo que queda patente al observar el reducido número de investigaciones sobre esta cuestión (Ramos, 2015). Así, los sentimientos de inutilidad propios de esta etapa de la vida se ven agravados al emplear gran parte de su tiempo en un sector tan infravalorado como es el de los cuidados, formando parte de algunas de las imágenes estereotipadas que aún se tienen del “sujeto psicológico en la vejez”.

No obstante, y a pesar de este panorama estigmatizador del género femenino, algunos estudios sugieren que, con la vejez, la serenidad y autoestima con que las mujeres enfrentan su vida aumenta de una forma positiva, jugando, en este caso, el género a su favor, ya que los roles desempeñados durante su ciclo vital las han preparado para tener una mejor disposición al cambio y, con ello, al envejecimiento (Ramos, 2015).

Teniendo en cuenta que, como venimos observando, el empoderamiento resulta un aliciente para aumentar el bienestar y la calidad de vida de las personas mayores (Iacub y Arias, 2010), una vez más se observa cómo la participación social se conforma como agente movilizador que puede servir de “empuje” para salir de la esfera doméstica y liderar sus propias vidas ampliando sus espacios de desarrollo personal y social.

### **3. Planteamiento de la investigación**

#### **3.1. Pregunta de investigación y objetivos**

La presente investigación trata de responder a la siguiente cuestión: ¿cómo han sido y son hoy las identidades, concretamente en relación con el género, de las mujeres mayores que han desarrollado su vida en una comunidad rural?

Reconstruir las biografías desarrolladas en una comunidad rural por mujeres mayores para poder con ello analizar la evolución de sus identidades, atendiendo especialmente a las identidades de género, conforma, así, el objetivo general de esta investigación.

A partir de este objetivo se establecen algunos de carácter específico con el fin de concretar las líneas de trabajo:

- Contextualizar la vida de las mujeres en una comunidad rural.
- Analizar las identidades individuales, sociales y colectivas de las mujeres.
- Analizar las identidades de género de las mujeres.
- Examinar la evolución de estas identidades en cada una de las mujeres, tratando de identificar transformaciones en ellas.

#### **3.2. Metodología**

Para dar respuesta a la pregunta de investigación, y contribuir a la revisión de las diferentes perspectivas de género a partir de la recuperación de las experiencias vitales de las mujeres, se centra la mirada, por sus características geográficas, históricas y antropológicas, en el poblado minero de La Camocha, ubicado a las afueras de la ciudad asturiana de Gijón. Se hace uso de fuentes secundarias de carácter bibliográfico para contextualizar el lugar y su trayectoria.

Así mismo, se lleva a cabo, a través de metodología cualitativa, una revisión biográfica de seis mujeres de la comunidad, a partir de entrevistas en profundidad e historias de vida. La entrevista en profundidad, técnica de investigación que permite la recolección de datos e información no observables (Santiago, 2018), tiene como

finalidad “la comprensión de las perspectivas de las personas informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como lo expresan con sus propias palabras” (Taylor y Bogdan, 1987: 101). La historia de vida, que puede entenderse como una autobiografía singular construida mediante la entrevista etnográfica, se centra en “los modos y maneras con los que un individuo particular construye y da sentido a su vida en un momento dado” (Ruiz Olabuénaga, 2012: 277), otorgando un papel primordial a la voz de la persona entrevistada “no sólo como informante, sino como punto de contraste de los diferentes momentos y formas de decir” (Goodson, 2004: 23).

En concreto, la historia oral aplicada a los estudios de género nos permite “conocer aspectos silenciados por otras fuentes”, lo que se hace imprescindible a la hora de examinar la historia reciente de las mujeres, “sobre todo para aquellas que no pertenecen a los grupos de poder” (Martínez, 2013: 6). Así, los discursos de las mujeres nos servirán para contextualizar su posición en la sociedad:

“Qué recuerdan, qué anudamientos con otros hechos y otros recuerdos realizan mujeres [...] remite a su posicionamiento en la sociedad, a sus posibilidades de expresión, de poner en palabras sus experiencias, a incluirlas en los *marcos* de memorias sociales y de su género” (Di Liscia, 2007: 9).

La perspectiva biográfica a través de los relatos de vida se presenta como una herramienta de enorme potencial para el análisis de la construcción identitaria, ya que:

“la identidad es el relato que hacemos sobre nosotros mismos... Los relatos entregan la posibilidad de mirar la doble relación de un individuo con su historia, en tanto determinado por ésta, pero también en cuanto a su capacidad de actuar sobre ella” (Sharim, 2005: 22).

El trabajo de campo fue realizado durante el primer trimestre de 2019 en la propia comunidad, extrayéndose unas seis horas aproximadamente de material de cada una de las entrevistas (divididas en 2/3 sesiones). Se siguió un guión semiestructurado en torno a tres bloques temáticos: una primera parte para la identidad general y espontánea (tanto individual como colectiva); una segunda sobre su estabilidad o cambio a lo largo del tiempo; y, por último, una parte para la identidad de género de forma específica y ya directa. Este último bloque fue el más amplio e incluyó algunas preguntas como “¿Crees que el ser mujer define quién eres?” o “¿Qué es para ti ser mujer?”, así como cuestiones en torno al feminismo como movimiento ideológico y social.

El rango de edad de las mujeres entrevistadas se encuentra entre los 75 y los 85 años, habiendo pasado más de cincuenta en dicho poblado por la vinculación laboral de sus maridos con la explotación minera allí ubicada. Con estudios primarios, han desarrollado sus vidas en la propia barriada, sustentada sobre amplias redes de apoyo mutuo y solidaridad, en torno al trabajo en y para la familia y el hogar. Hoy cinco de ellas son viudas y una está divorciada, mientras que dos viven solas y el resto con alguno de sus hijos/as, presentando un estado de salud ciertamente deteriorado debido a su avanzada edad, lo que limita su participación social más allá del poblado.

## **4. Contextualización**

### **4.1. El poblado**

La Camocha es un poblado perteneciente a la parroquia de Vega, en el concejo asturiano de Gijón, situado aproximadamente a 8 kilómetros de dicha ciudad. A fecha de 1 de enero de 2019 el poblado contaba con 1.293 habitantes (cifra en descenso desde el

año 2000), de los cuales 683 eran mujeres y 610 hombres, según datos del Instituto Nacional de Estadística.

El poblado de La Camocha nace como tal a mediados del siglo XX, como consecuencia de la reciente instalación de la explotación hullera Mina La Camocha en la zona. De este modo, con el objetivo de albergar al más de millar y medio de nuevos trabajadores en un lugar próximo a sus puestos de trabajo, será la propia empresa, en colaboración con la Diputación Provincial y el Instituto Nacional de Vivienda, quien promueva la construcción progresiva de unas 700 viviendas a lo largo de casi 20 años, construyéndose el primer bloque de 20 residencias unifamiliares en 1943/1944, y el último, de 52, a finales de los años 50 (Vega y Serrano, 1998; Vega, 2002).

La nueva explotación minera se instala en un entorno mayoritariamente agrario y ganadero, cambiando por completo dicho paisaje y aumentando exponencialmente el número de habitantes de la parroquia de Vega (VVAA, 2015), cuyo crecimiento demográfico entre 1950 y 1960 fue de un 170%. Se configura así un núcleo de población cuya existencia responde a la actividad económica generada por la explotación minera, manteniendo una gran dependencia de ella. En 1960 la mina daba ocupación al 59,5% de las personas activas residentes en la parroquia (Vega y Serrano, 1998). A causa de la escasez de mano de obra en la localidad, la mayor parte de los trabajadores del poblado minero procederá de fuera del concejo –muchos de ellos originarios de las cuencas mineras del interior asturiano y predominantemente del valle del Nalón–, e incluso de otras regiones, en un proceso de migración interna hacia los nuevos puestos de trabajo surgidos en Mina La Camocha. Otra característica bastante común entre estos trabajadores será su origen obrero y su anterior participación en organizaciones de ideología contraria al régimen franquista (Vega y Serrano, 1998; VVAA, 2015).

Estos antecedentes, tanto geográficos como ideológicos, sumados al relativo aislamiento de su ubicación respecto al resto de enclaves obreros de Asturias, favorecerán la propagación de las relaciones de unidad y solidaridad que tanto el propio trabajo en la mina como la cotidianeidad del barrio darán a dicho lugar (Vega, 2002). Esto lo ilustra en gran medida el dicho de “no cerrar la puerta a nadie” que, como VVAA (2015) describen, en La Camocha era una realidad literal entre los vecinos, evidenciándose en los diversos comportamientos colectivos que se desarrollarán a lo largo de la historia del poblado (Vega y Serrano, 1998).

## **4.2. La vida en La Camocha**

Dado el origen y los antecedentes revolucionarios de buena parte de los trabajadores de la mina, así como el clima de confraternidad en el que se vivía en el poblado, La Camocha se vio afectada por la articulación del movimiento obrero que a finales de los años 50 se estaba tejiendo en todo el territorio asturiano, lo que facilitó la creación de respuestas colectivas y solidarias ante la represión (Vega y Serrano, 1998).

Tal y como hemos podido ir vislumbrando hasta ahora, la vida en La Camocha giraba en torno a la mina tanto para quienes trabajaban en ella directamente como para quienes lo hacían de forma indirecta. Una vida que, para los vecinos, mejoró sustancialmente tras los logros conseguidos en las huelgas de los años 60, así como por el aumento en la calidad de sus viviendas (reformadas para corregir sus deficiencias y carencias a lo largo del año 1965). Sin embargo, a partir de esa década las mejoras se estancaron al descender progresivamente la producción y, por tanto, la mano de obra empleada en la explotación, cesando con ello la llegada de nuevos trabajadores y la construcción de viviendas asociadas a la mina. A partir de entonces, la situación se tornó cada vez más

difícil y las sucesivas crisis económicas que golpearon al sector minero lo hicieron con dureza en La Camocha (VVAA, 2015).

De esta forma, la mina y sus relaciones con el barrio son tanto causa como consecuencia de las formas de vida que hicieron suyas todos sus vecinos. La unión entre ellos por compartir no sólo un mismo espacio, sino una misma situación y condiciones, no únicamente materiales, hizo de las redes de solidaridad el principal sustento (económico, pero sobre todo moral) en los momentos más duros. Esta cohesión se basa en una cultura de clase compartida que suponía la adscripción a los principios de solidaridad, igualitarismo y rebeldía ante la injusticia que formarían el sustrato compartido de todo el movimiento obrero en su conjunto.

La cultura obrera será inseparable del poblado minero, aún cerrada la explotación que lo vio nacer, precisamente por el innegable papel que tuvo en las vidas de quienes la conocieron. Todo ello a pesar del progresivo auge del individualismo donde prima la emergencia del sujeto y aumenta la desconfianza hacia todas las formas colectivas y tradicionales de pertenencia, corriendo el riesgo del debilitamiento y la pérdida de los vínculos sociales que mantuvieron viva la lucha contra los numerosos factores de vulnerabilidad de otro tiempo.

## **5. Análisis cualitativo**

Tras establecer el marco teórico y contextualizar espacial e históricamente el lugar de la investigación, se analizan a continuación los resultados obtenidos a través de los discursos de las mujeres de esta comunidad. Resulta necesario centrar el foco en ellas por ser voces nunca escuchadas que, sin duda, tienen mucho que contar y porque, como ya veíamos en el marco teórico, recuperar el valor de la memoria posibilita su empoderamiento.

### **5.1. Su vida en el poblado**

La mayor parte de estas mujeres llega a La Camocha, rondando los veinte años, desde las cuencas asturianas (Laviana, Pola de Lena, Mieres, Langreo y El Entrego), a excepción de una de ellas procedente de la ciudad costera de Avilés. Sin embargo, su origen familiar es diverso: aquellas nacidas fuera de Asturias lo hacen en el noreste de Portugal, en Galicia y en Salamanca. A pesar de ello, una de estas mujeres ha desarrollado literalmente toda su vida en La Camocha, llegando junto a sus padres y hermanos con tan sólo un año, al comenzar su padre a trabajar en la nueva explotación carbonífera que allí nacía. Éste es el motivo por el que todas ellas se trasladan al poblado, el trabajo, en la mayoría de los casos de sus maridos, en Mina La Camocha (siendo un ejemplo más de las numerosas migraciones interiores que estaban teniendo lugar en España en esa época). Desde ese momento, y durante los más de cincuenta años que han transcurrido hasta hoy, han desarrollado sus vidas allí.

De la solidaridad que anteriormente señalábamos como protagonista de la vida en el barrio, no sólo han sido precursores los hombres, trabajadores de la mina, y sus relaciones laborales y personales en torno a ella. Han sido también las mujeres quienes han ido labrando dicha solidaridad en su cotidianidad cuando todo iba “bien” y, especialmente, en los momentos más difíciles de conflictividad y carencia. De esta forma, todas las mujeres entrevistadas recuerdan el poblado como un lugar tranquilo y familiar, con un ambiente marcado por las estrechas relaciones de vecindad, “muy buenos vecinos” y “muy buena gente”, pero también mucha vida.

“Era todo compañerismo en la calle. Todo era compañerismo en la calle. Si tenías falta de ir, picabas y si tenían falta venir, picaban en mi casa y, si yo tenía, pues nos arreglábamos unas con otras de esa manera” (Entrevista 1).

Estas mujeres hacen referencia en múltiples ocasiones a la vecindad y los espacios comunes al relatar “cómo era la vida en La Camocha”. Así, mediante actividades de la cotidianeidad, como tejer con las vecinas en la puerta de casa o ir juntas, con sus hijos, a dar un paseo y merendar en las praderas cercanas, van dibujando un mapa en el que el barrio se torna el principal espacio de socialización y desarrollo en sus vidas. Un espacio y un tipo de ocio muy concreto y diferenciado de los propios de los hombres: mientras las mujeres desarrollaban un ocio vinculado, desde su esencia hasta su ubicación, con el ámbito privado que supone el hogar, y siendo una extensión práctica del mismo, el ocio masculino continuaba ligado al trabajo y la esfera pública, siendo más amplio y diverso, es decir, con un alcance mayor. De este modo, los escasos recursos económicos y unos roles de género marcados limitaron el desarrollo de la vida de estas mujeres al poblado o la parroquia, favoreciendo la creación de fuertes lazos de unión y solidaridad, que se tornaron el principal apoyo para ellas.

No obstante, el matrimonio se encargará de recordar que su labor debía destinarse en exclusiva al ámbito doméstico, salvo en los momentos en que la necesidad era tal que debían también trabajar fuera del hogar (nunca perdiendo de vista sus “obligaciones” familiares). De esta forma, muchas de las mujeres entrevistadas hacen referencia a las épocas en que debieron compaginar este trabajo, tanto dentro como fuera del hogar, para continuar manteniendo a la familia. Todas sus actividades fuera del hogar quedan supeditadas a éste.

Y en cuanto al interior del hogar es imposible no mencionar la violencia, en todas sus expresiones, a la que todas las mujeres entrevistadas hacen referencia, sea mediante el relato de numerosos y diversos episodios vividos en primera persona o en relación con la situación vivida por alguna de sus vecinas. Estas violencias no son identificadas explícitamente como tales, sino normalizadas y presentes en la descripción de su biografía de forma latente. Vemos cómo, una vez más, dimensiones que suelen ir de la mano tan sólo son identificadas por su expresión más cruel y evidente, manteniéndose latente todo aquello englobado bajo el término de “violencia simbólica” que autores como Bourdieu (2007) definen como amortiguada, insensible, e invisible para las propias víctimas.

Otra dimensión que revela los marcados roles de género, y la subordinación en sus relaciones, es la dependencia que su vida, tanto en el ámbito público como privado, tuvo respecto a sus maridos. Estos roles de género se encuentran presentes en todos los discursos de las entrevistadas de forma más o menos explícita. Partiendo de vidas cuyo principal fin se concentraba en el hogar y la familia y la totalidad de las actividades que realizaban tenían como objetivo el sustento de dicha “institución”, todas las entrevistadas resumen su cotidianeidad en “la casa, los hijos y el marido”. El hogar y la familia no dejarán de ser su principal responsabilidad y punto de amarre.

“Pues llevar la vida de casa, los paisanos era el trabajo y el chigre y la mujer era la casa, cuidar los hijos y la casa, no había otra cosa. Con pocos medios, muy pocos medios...” (Entrevista 6).

No obstante, y a pesar de su rol tradicional de garantes del bienestar familiar, la necesidad dio lugar a la formación de un sentimiento de identidad colectiva que llevó a las mujeres a unirse, en mayor o menor medida, para sobrellevar su realidad. En este sentido, no vivían aisladas; sus lugares de desarrollo diarios supusieron un espacio para crear fuertes redes de socialización y apoyo. Así, todas las mujeres entrevistadas hacen

referencia a su cotidianidad en los espacios comunes del barrio, lugares de encuentro tan simples como la puerta de la casa o la zona donde se encontraban los tendales, que rememoran al hablar de su vida cotidiana en aquellos tiempos.

## **5.2. Comparativa: ayer y hoy**

A lo largo de las entrevistas e historias de vida realizadas, muchas de las mujeres inciden en su diferente percepción de sus vidas hoy respecto a cómo relatan que era antes y lo mucho que añoran esto. Son reiteradas las referencias a la pérdida de unidad detectada en el barrio, la poca vida que hoy tiene y el cambio en las relaciones entre los vecinos. Al preguntarles sobre cómo es y perciben su vida en la actualidad, las primeras respuestas son un “normal” o “como siempre”, aunque a medida que las van desarrollando todas van haciendo referencia a sentimientos de soledad, desánimo, depresión... Situaciones a las que prácticamente nadie más parece atender.

“Bueno, hoy... ye pena, hoy ye pena vela, de verdad, dame pena. Yo toy en mi casa sola, y a veces lloro, entre cuatro paredes, sola, porque no tienes a nadie...” (Entrevista 2).

Junto a ello destacan las constantes referencias a un deteriorado estado de salud que condiciona enormemente su presente. Una visión negativa de su realidad vinculada a su avanzada edad y a la soledad percibida determina su visión, siendo otro punto de inflexión reiterativo en este discurso el fallecimiento de sus maridos como desencadenante de su depresión. A pesar de ello, varias son las que rescatan el lado positivo en el balance del aumento general en la calidad de vida, sobre todo a nivel material. Algunas de ellas también refieren ciertos sentimientos de tranquilidad y liberación al haber dejado atrás unos matrimonios cuya base se asentaba en el sometimiento y la violencia. No obstante, al realizar esta comparativa, generalmente de modo inconsciente, vuelven a identificarse los sentimientos de soledad que en buena medida marcan su vida actual.

“Hombre, hoy porque vives un poco mejor, hoy tienes otra vida más fácil... yo hoy tengo una paga que puedo disponer de ella si quiero y... puedes ir a la peluquería si te da la gana, entonces ibas si podías...” (Entrevista 6).

“Sí, veo las cosas de otra manera, pues en cómo pude haber vivido la vida que no he vivido, a pesar de todo... también me siento muy sola. Antes no me sentía porque no me daba tiempo, porque estaba todo el tiempo riñendo y... no me daba tiempo ni a pensarlo porque siempre estaba agobiada. Y como ahora nadie por lo menos... ahora estoy viendo la televisión tranquila, que antes hasta me la apagaban para que no la viera” (Entrevista 3).

La suma de todo ello hace que, a la hora de describir cómo es su vida hoy, las mujeres entrevistadas lo hagan en negativo, como vidas tristes y solitarias, echando en falta la unidad y solidaridad que caracterizó al barrio en el pasado. Esto puede ser visto como una cierta “estrategia de defensa”, idealizando su imagen del poblado años atrás y su vida en él (a pesar de relatar historias de vida realmente duras), aferrándose a un “recuerdo” feliz para hacer más “soportable” la comparación con su actual realidad.

## **5.3. Identidades individuales, sociales y colectivas**

Centrándonos en su identidad individual, algunas de ellas se definen a sí mismas en función de su edad o lugar de origen, destacando, ya en una primera descripción,

biografías de sufrimiento, necesidad y mucho trabajo, siendo esto último mencionado de forma reiterativa, tanto en su propia definición individual como en el relato de sus vidas desde muy jóvenes y, como ya veíamos anteriormente, dentro y fuera del hogar.

“¿Quién soy? Bueno, pues me describo como una mujer normal, que siempre he trabajado, dentro de casa y fuera de casa, trabajadora y... poco compensada y aparte de eso... muy maltratada. He tenido una vida muy difícil” (Entrevista 3).

Cuando se les pregunta por su percepción del paso de los años sobre ellas, incidiendo en su personalidad, las respuestas son dispares. Algunas de las mujeres se perciben, en términos generales, fieles a su personalidad (“humana”, “generosa”, “familiar”, “sencilla”...) y de la misma forma en que lo han hecho siempre. No obstante, quienes perciben un cambio lo hacen en negativo, con un descenso de la vitalidad, actitud, fuerza... en cierto modo vinculado a la propia vejez, como anteriormente veíamos. Son también frecuentes las dudas al responder a esta cuestión, a pesar de no expresarse como tales, pues a lo largo del discurso se identifican percepciones de cambio, pero también estabilidad en algunas dimensiones de su personalidad, no pudiendo darse una sola respuesta a esta pregunta o haciéndolo de forma contradictoria al analizar la totalidad de su discurso.

“Yo creo que no, que la personalidad la tengo igual; por ejemplo, desde que anduvimos en las reuniones y... Quedé traumatizada para el resto de mi vida; eso sí, el día a día no soy la misma que tenía que ser, no, porque queda una persona para el resto de su vida... el miedo...” (Entrevista 3).

“No soy la misma de antes, la alegría que yo tenía, tol día estaba cantando, estaba trabajando y estaba cantando, ahora ya no... ya no me sale ni del alma, fía. Incluso el carácter... me cambió mucho el carácter, muchísimo, no soy yo la que era...” (Entrevista 2).

Vinculado a ello, son numerosas las descripciones de su propia identidad y realidad actual con sentimientos de debilidad e inutilidad, incluso de pena por sí mismas al verse de esta forma. Esto claramente deja niveles de autoestima muy bajos, mantenidos por la inculpación por diversos “errores” o “fracasos” así percibidos en su biografía.

“Sí. Cambié que ya no soy lo que era yo, lo especial que era yo. Algo dejé atrás, porque no me veo bien, no me veo como me quería ver. Tú, si me hubieras visto, me darías la razón que no soy la que era... Y yo ahora véome muy pequeña y muy inútil. No soy fuerte como era” (Entrevista 1).

Una de las explicaciones que se puede encontrar a esta transformación en sus identidades puede ser, y así lo mencionan algunas de las mujeres, la dureza de sus vidas y las consecuencias que ello haya podido dejar en ellas hasta el día de hoy. Las necesidades materiales, una importante carga de trabajo y el peso de soportar durante décadas la violencia multidimensional de matrimonios propios de una sociedad puramente patriarcal dejan una huella en ellas que difícilmente se llegará ya a borrar. Igualmente, al reflexionar sobre si se sienten orgullosas de sí mismas y del desarrollo de sus vidas, así como sobre si cambiarían algo de éstas, las respuestas son diversas. Algunas de las entrevistadas refieren no sentirse arrepentidas de nada y estar orgullosas, en líneas generales, de su trayectoria; una de ellas se arrepiente de haberse casado y otra, además de esto, de haber “aguantado tanto” en su matrimonio y no haber roto antes con la relación de violencia; así mismo, otra de ellas dice sentir gran arrepentimiento por haberse sometido a dos abortos. Sin embargo, también hay quienes no se

manifiestan orgullosas de cómo se han desarrollado sus vidas, pero sí de sí mismas y de quiénes han sido y son hoy. Si algo tienen en común, en este punto, es el sentirse conformes en su papel de madres y esposas, e incluso como hijas, sintiendo que “dieron todo de ellas” e hicieron todo lo que estuvo en su mano. Con esto vemos que sigue muy presente de forma latente en ellas el rol de feminidad imperante en esa época, marcando parte de sus aspiraciones y la forma en que hoy evalúan sus trayectorias.

Al analizar las identidades sociales y colectivas nos encontramos, como ya adelantábamos al retratar sus relatos sobre cómo ha sido su vida en el poblado, con respuestas muy similares, ya que todas ellas, al pensar en su entorno social, lo hacen en la propia comunidad que conforma el barrio. De este modo, sus identidades sociales y comunitarias se unifican en la práctica. Se hacen referencia a las usuales, en especial durante periodos tan largos de tiempo, rencillas de la convivencia. No obstante, todas ellas señalan que sus vecinas han supuesto un importante apoyo a lo largo de toda su vida allí y que forman parte de muchas de las historias que relatan.

“Yo siempre me llevé bien con la vecindad (...). Bueno, una persona querida... la gente... unas somos de una manera y otras somos de otra. Yo no es que me vea la mejor, pero en censurar a las demás o meterme con nadie pues no. Unas me querrán más, unas me querrán menos pero... todas me hablan bien” (Entrevista 3).

Teniendo en cuenta las descripciones que hacen de sí mismas años atrás, puede afirmarse que existe una identidad colectiva compartida como parte del poblado y sobre todo de su pasado como una comunidad muy unida. En la actualidad, ésta parece mantenerse a pesar de la ruptura que relatan existente entre la vecindad y sus relaciones, esto es: siguen unidas por una identidad colectiva común, no percibida, basada en su historia de convivencia pasada.

Todas ellas, además, se sienten queridas en la comunidad y en su entorno social a pesar de referir importantes sentimientos de soledad y, aunque por lo general no mencionan ninguna concreción sobre a qué están haciendo referencia al hablar de su “entorno social”, todas parecen centrarse en el propio barrio. De esto es posible inferir la gran relevancia que la comunidad (las relaciones que en ella mantengan, la imagen que se tenga de ellas y lo que allí ocurra) tiene para ellas, ocupando un papel central en sus vidas y, por ende, en sus discursos.

#### **5.4. Identidades de género**

Analizando ya más concretamente las identidades en relación con el género, vemos cómo casi todas las entrevistadas sienten, en primer lugar, que el hecho de ser mujeres ha definido parte de quiénes son. Principalmente lo hacen pensando en las barreras que les supuso.

“Pues... se me impidió de poder hacer cosas que pude hacer, por ser mujer” (Entrevista 4).

En las descripciones de lo que significa para ellas “ser mujer”, uno de los puntos en común será el responder, en mayor o menor medida y de forma más o menos explícita, al rol esperado de feminidad con el que crecieron: la maternidad, el matrimonio, los cuidados, el trabajo en el hogar... Aunque también nos encontramos con perspectivas de género más marcadas, vinculando el “ser mujer” con la desigualdad o el sacrificio que conlleva y lo ha hecho en su experiencia personal.

“Pues ser mujer, por ejemplo, en los tiempos de antes eran muy difíciles porque tenías que ser... tenías que estar siempre a las órdenes del marido. Entonces por eso se me ha impedido de poder hacer cosas (...). Ser mujer hoy es diferente, porque la gente ya está harta y ya no aguanta lo que aguantábamos las de antes, porque ahora ya hay otra justicia, se protege más...” (Entrevista 3).

Lo que la mayor parte de estas mujeres reconoce es el haber cambiado esta definición con los años, teniendo en la actualidad visiones más amplias de lo que esto significa, así como del concepto de “feminidad”. Esta transformación de su percepción del género la explican buena parte de ellas al relatar que entonces no tenían oportunidad ni tiempo para reflexionar sobre estas cuestiones al verse desbordadas por su realidad. Algunas, incluso, manifiestan que, aunque siempre han sentido malestar y disconformidad con respecto a lo que se esperaba de ellas como mujeres, no les quedó “más opción que asumir”. A pesar de ello, alguna se mantiene fiel a su antigua imagen de lo que la feminidad significa, reconociendo que “los tiempos han cambiado”, pero sobre una misma base: arreglarse, cuidarse estéticamente, verse bien... según los cánones operantes.

“No, porque no me daba tiempo a pensar. Yo estaba en una casa que tenía 5 habitaciones, una cocina y una salita, dos cuartos de baño y 9 personas. ¿Qué tiempo tienes tú pa pensar? No tienes tiempo” (Entrevista 1).

En cuanto a su visión de las desigualdades y discriminaciones por razón de género y el movimiento teórico y social que supone el feminismo, no existen, en términos generales, posicionamientos claros. Esto puede deberse en gran medida a la desinformación sobre lo que realmente significa y busca esta corriente, más allá de la visión difusa proyectada por los medios de comunicación. La mayor parte de estas mujeres no se considera feminista ni parte de este movimiento, aunque todas ellas creen que hombres y mujeres deben estar en igualdad de derechos y que existen desigualdades.

“Yo soy mujer, no feminista, soy mujer, no feminista” (Entrevista 1).

No obstante, quienes se sienten parte de este movimiento, perciben, entre sus beneficios, la oportunidad que éste les ha brindado para realizar aquello que no se les permitió anteriormente y así ponerse en su lugar, luchando por sus derechos. Con ello, prácticamente todas las entrevistadas reconocen haber sufrido machismo a lo largo de sus vidas –solamente una de ellas no lo hace–, principalmente dentro de sus matrimonios, así como haberlo presenciado en sus compañeras, vecinas y amigas. Además de esto, casi en la totalidad de las entrevistas se reconoce también el continuar sufriendolo en la actualidad, ya sea como parte de las secuelas de estos matrimonios violentos, ya sea por parte de la sociedad en general.

“Yo viví el machismo muchísimo, en mí y en otras compañeras, de marchar y pasar 3 ó 4 días fuera de casa, venir cansao, sin dinero y venir a casa a dar palos a la mujer, a saca, y el dinero a la mujer cuando él lo gastó... eso a mí no me tocó, pero toco, y a muchas amigas, pero a muchas” (Entrevista 4).

“Sí, sí, yo viví el machismo puro y duro (...) Yo fui todo, yo fui todo pa él, fui mujer, fui madre, fui amante, fui todo pa él... y yo no merecía todo lo que nos hizo por 36 años. (...) ¿De no dormir en toda la noche? Sí. ¿De meterse en la cama e insultarme y llamarme de todo toda la noche? También ¿De busca y mil padres a todas las fíes? También” (Entrevista 1).

“¡Buf, toda una vida! Toda una vida, toda una vida, yo no he tenido infancia, no he tenido niñez, no he tenido infancia, no he tenido nada, nada, y... me muero con el miedo. Porque todo eso te traumatiza, quedas traumatizada para el resto de tu vida, ¿sabes?” (Entrevista 3).

Con todo ello, la mayor parte de las mujeres entrevistadas presentan unas identidades de género transformadas, en mayor o menor medida, habiendo identificado las discriminaciones y malos tratos sufridos a lo largo de su vida y condenando hoy día estas situaciones, así como todo lo que lo engloba. No obstante, existen también quienes mantienen la misma identidad de género, más arraigada a la imperante en aquel momento, que presentaron durante toda su vida, sin haber cambiado de forma destacable, así como quienes siempre presentaron identidades fuertes, ciertamente disruptivas para la época, que hoy conservan.

“Yo eso no lo pasaba. A él no lo sentíes, sentíesme a mí, porque yo eso no se lo permitía. Yo tenía que estar en mi sitio y siempre me respeté en mi sitio” (Entrevista 1).

“Yo entonces no estaba muy de acuerdo, no, para nada, de acuerdo nunca lo estás, pero como tienes que aguantar pues estás en un callejón sin salida, te sientes como en un callejón sin salida, no tienes salida, entonces tienes que aguantar” (Entrevista 3).

## 6. Conclusiones

Tras conocer las historias de vida de estas mujeres y analizar los resultados obtenidos en las entrevistas realizadas, se pueden obtener algunas conclusiones en relación con los objetivos planteados en un primer momento durante su diseño. En primer lugar, se ha podido contextualizar el poblado de La Camocha, destacando el papel que la explotación minera que lo hizo nacer tuvo sobre la vida de sus vecinos durante décadas. Este lugar se caracterizaría, desde el principio, por su fuerte movimiento obrero y una convivencia sellada por unos marcados valores de solidaridad y unión entre sus vecinos que servirían como apoyo ante las críticas situaciones de necesidad que se vivirían. La vida allí para las mujeres estaría basada en el hogar como principal espacio de desarrollo en el que cumplirían su rol de garantes de la familia, con todo el sufrimiento que ello pudiera suponer, principalmente producto de matrimonios asentados sobre la violencia y el sometimiento más extremos en todas sus dimensiones. Este espacio se extendería en cierta medida hasta la propia comunidad y el barrio, donde estas mujeres conformarían su principal punto de socialización y distensión en la cotidianidad, y puntualmente hasta sus puestos de trabajo fuera del hogar en los momentos de mayor necesidad que mantendrían con dificultad en los resquicios que la conciliación dejara.

A pesar de todo ello, la mayor parte de las mujeres entrevistadas añoran esta época de su vida, especialmente la vida en comunidad que hoy describen rota, percibiendo una mayor calidad de vida en la actualidad atendiendo a lo material, pero numerosas deficiencias en su salud tanto física como mental. Tras más de cincuenta años en La Camocha, sus vidas se han transformado negativamente por los problemas de salud, los sentimientos de tristeza y la soledad percibida, consecuencia en gran medida de la ruptura de la unidad y solidaridad que en su día caracterizó al poblado.

Si fijamos nuestra mirada en sus diferentes identidades, los resultados son diversos. Por un lado, en cuanto a la identidad individual de cada una de estas mujeres, son ellas mismas quienes desde un primer momento se definen haciendo referencia a sus

biografías de trabajo, lucha y sacrificio, incluso de violencia. Muchas de estas mujeres no se sienten orgullosas de sus vidas y algunas de ellas incluso dudan de hacerlo de sí mismas, situación marcada por cierto arrepentimiento en relación con sus matrimonios. Y quienes sí se manifiestan orgullosas de sí mismas lo hacen sobre referencias latentes al rol tradicional de mujer. No se ha podido concluir que sus identidades individuales se hayan transformado, ya que, como era previsible, los resultados son diferentes para cada mujer, dándose casos de estabilidad en su personalidad, pero también de cambios, percibidos en su mayoría, en todo caso, de forma negativa como pérdidas de vitalidad, alegría e ilusión, explicables en cierto modo por el envejecimiento y sus consecuencias en su estado de salud. Esto parece desmentir aquello que algunas teorías afirman sobre la existencia de un afrontamiento con mayor autoestima y positividad por parte de las mujeres en la vejez (Ramos, 2015).

En cuanto a las identidades sociales y colectivas de las entrevistadas, en este caso parecen solaparse al identificar todas ellas su entorno social con la comunidad y el barrio, de modo que sí se pueden identificar unas identidades compartidas, basadas sobre todo en el pasado de solidaridad que unió a la comunidad y no tanto a la situación. De esta forma podemos afirmar que se presentan identidades sociales y colectivas comunes que no se han modificado en gran medida a lo largo de los años, representando más al pasado de estas mujeres y la comunidad que su visión actual de la misma.

En cuanto a la identidad de género, se observa una similar definición de lo que “supone ser mujer” con base de nuevo en el rol tradicional con el que estas mujeres crecieron, a pesar de haberse abierto esta visión en la actualidad. La mayor parte de las entrevistadas no se define como una mujer feminista, aunque sí comparten las bases de este pensamiento, por lo que se puede extraer que no existe en ellas un conocimiento claro de lo que este movimiento supone. No obstante, quienes sí se sienten parte de esta corriente perciben una cierta influencia liberadora en ellas a raíz de estas ideas.

En términos generales, no se puede concluir que exista una marcada identidad de género en las mujeres de este poblado, a pesar de que sí se identifica en algunas de las mujeres entrevistadas, quienes durante toda su vida han presentado ciertos pensamientos disruptivos para su momento a pesar de haber sufrido las imposiciones de lo que se esperaba para ellas en una sociedad puramente patriarcal.

De esta forma, puede concluirse que la vida de estas mujeres en la actualidad se presenta transformada en cierta medida por el empeoramiento de su estado de salud física y mental, los sentimientos de soledad derivados en especial de una ruptura de la unidad en la comunidad, así como por una relativa liberación, con el fin de sus relaciones maritales, de su sometimiento al sistema patriarcal.

## 7. Bibliografía

- Banda, A. L. y Morales, M. A. (2015). “Empoderamiento psicológico: un modelo sistémico con componentes individuales y comunitarios”. *Revista de Psicología*, 33(1), 3-20.
- Batliwala, S. (1997). “El significado del empoderamiento de las mujeres: nuevos conceptos desde la acción”, en M. León (Comp.) *Poder y empoderamiento de las mujeres* (187-211). Bogotá: T/M Editores.
- Bentancor, M. V. (2011). “Empoderamiento: ¿una alternativa emancipatoria?”. *Margen*, 61, 1-14.
- Bourdieu, P. (2007). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Brewer, M. (2001). “The many faces of social identity: Implications for political psychology”. *Political Psychology*, 22(1), 115-125.

- Carver, P. R., Yunger, J. L. y Perry, D. G. (2003). "Gender identity and adjustment in middle childhood". *Sex Roles*, 49(3-4), 95-109.
- Christens, B. (2012). "Targeting empowerment in community development: a community psychology approach to enhancing local power and well-being". *Community Development Journal*, 47(4), 538-554.
- Di Liscia, M. H. B. (2007). "Memorias de mujeres. Un trabajo de empoderamiento". *Política y Cultura*, 28, 43-69.
- Escudero, L. (2005). "Identidad e identidades". *Estudios*, 17, 52-57.
- Esteban, M., Vila, I. y Bastiani J. (2010). "El carácter fronterizo de las identidades contemporáneas. El caso de Chiapas". *Aposta Revista de Ciencias Sociales*, 44, 1-19.
- Fritz, H. (1999). "Mujeres rurales y sus representaciones de la realidad: un acercamiento a la construcción de la identidad de género femenina". *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 3, 109-119.
- García-Leiva, P. (2005). "Identidad de género: modelos explicativos". *Escritos de Psicología*, 7, 71-81.
- Goodson, I. F. (2004). *Historias de vida del profesorado*. Barcelona: Octaedro Ediciones.
- Hampson, S. E. (1986). *La Construcción de la Personalidad*. Barcelona: Paidós.
- Hernández, M. (2000). *Desigualdades según Género en la Vejez*. Murcia: Editorial Secretaría Sectorial de la Mujer y Juventud.
- Hooker, K. (2002). "New directions of research in personality and aging: A comprehensive model for linking levels, structures, and processes". *Journal of Research in Personality*, 36, 318-334.
- Hurtado, J. M. (2003). "La identidad". *A Parte Rei: revista de filosofía*, 28, 1-10.
- Iacub, R. (2011). *Identidad y envejecimiento*. Buenos Aires: Paidós.
- Iacub, R. y Arias, C. J. (2010). "El empoderamiento en la vejez". *Journal of Behavior, Health & Social Issues*, 2(2), 25-32.
- Kroger, J. y Marcia, J. (2011). "The identity statuses: Origins, meanings, and interpretations", en S. J. Schwartz, K. Luyckx, y V. L. Vignoles (Eds.) *Handbook of identity theory and research* (31-53). New York: Springer.
- López, F. (1988). "Adquisición y desarrollo de la identidad sexual y de género", en J. Fernández (Coord.) *Nuevas perspectivas en el desarrollo del sexo y del género* (47-69). Madrid: Pirámide.
- Marcús, J. (2011). "Apuntes sobre el concepto de identidad". *Intersticios*, 5(1), 107-114.
- Martínez, E. (2013). "Las mujeres en el conflicto minero del carbón en la cuenca del Nalón (1962-2012)". *Trabajo Fin de Máster*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- Moreno, I. (1997). "Trabajo, ideologías sobre el trabajo y culturas del trabajo". *Trabajo: revista andaluza de relaciones laborales*, 3, 9-28.
- Muchnik, E. y Seidmann, S. (1998). *Aislamiento y soledad*. Buenos Aires: Eudeba.
- Morán-Neches, L. y Rodríguez-Suárez, J. (2020). "Un acercamiento a los desahucios de La Camocha a través de los discursos de sus protagonistas", en EAPN *Mujeres, desigualdad, exclusión social y oportunidades*. Oviedo: Red Europea de Lucha Contra la Pobreza y la Exclusión en Asturias y Consejería de Derechos Sociales y Bienestar del Principado de Asturias.
- Núñez, H., Crespo, E. y Úcar, X. (2014). "Enfoques de evaluación orientados a la participación en los procesos de acción comunitaria". *Pedagogía Social*, 24, 79-103.
- Ortega, T. M. (2009). *Feminismos en la Transición*. Barcelona: Grup de Recerca Consolidat Multiculturalisme i Gènere.
- Páez, D., Zubietta, E., Mayordomo, S., Jiménez, A. y Ruíz, S. (2003). "Identidad autoconcepto, autoestima, autoeficacia y locus de control", en D. Páez, I. Fernández,

- S. Ubillos y E. Zubieta (Coords.) *Psicología Social, Cultura y Educación* (125-193). Madrid: Pearson/Prentice Hall.
- Ramos, C. (1999). "Identidad de género". *La ventana*, 10, 280-287.
- Ramos, M. (2015). "Mujeres mayores: estudio sobre sus necesidades, contribuciones al desarrollo y participación social". *Tesis Doctoral*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Ramos, M. D. y Vera, M. T. (Coords.) (2002). *Discursos, realidades, utopías: La construcción del sujeto femenino en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Anthropos.
- Rocha, T. E. (2009). "Desarrollo de la Identidad de Género desde una perspectiva Psico-Socio-Cultural: un recorrido conceptual". *Interamerican Journal of Psychology*, 43(2), 250-259.
- Rodríguez, M. (2009). "La soledad en el anciano". *Gerokomos*, 20(4), 159-166.
- Rodríguez, A. y Seoane, J. (Coords.) (1989). *Creencias, actitudes y valores*. Madrid: Alhambra Universidad.
- Ruiz Olabuénaga, J. I. (2012). *Metodología de investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Sánchez, C. (2000). *Gerontología Social*. Buenos Aires: Espacio.
- Santiago, J. (1998). "Identidad del individuo e identidad de grupo: identidad lanzaroteña". *Cuadernos del Guincho*, 4, 70-74.
- Santiago, M. (2018). "Empoderamiento emocional. Cambio en la estructura del reconocimiento individual y en las relaciones interpersonales". *Tercio Creciente*, 13, 79-96.
- Sharim, D. (2005). "La identidad de género en tiempos de cambio: una aproximación desde los relatos de vida". *Psyke*, 14(2), 19-32.
- Suárez, C. (2014). *Ciudadanía (des)igualitaria. El feminismo asturiano entre el Franquismo y la Transición*. Oviedo: Ediciones Trabe.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos en investigación: la búsqueda de significados*. Barcelona: Paidós.
- Téllez, A. (2002). "Identidad socioprofesional e identidad de género. Un caso empírico". *Gazeta de Antropología*, 18, artículo 12.
- Triadó, C. y Villar, F. (Coords.) (2006). *Psicología de la vejez*. Madrid: Alianza.
- Trinidad, A. (2006). "El nuevo discurso de los mayores: la construcción de una nueva identidad social". *Revista Española de Sociología, RES*, 6, 65-90.
- Úcar, X. (2009). "La comunidad como elección: teoría y práctica de la acción comunitaria". *Depósito Digital de Documentos de la Universidad Autónoma de Barcelona*. Disponible en: <https://ddd.uab.cat/record/54267>
- V.V.A.A. (2015). *Así nació La Camocha*. Gijón: Lente Azul Ediciones.
- Vega, R. (1998). *Crisis industrial y conflicto social. Gijón 1975-1995*. Gijón: TREA.
- Vega, R. (Coord.) (2002). *Las huelgas de 1962 en Asturias*. Gijón: TREA.
- Vega, R. (Coord.) (2013). *El movimiento obrero en Asturias durante el franquismo 1937-1977*. Oviedo: KRK.
- Vega, R. (2014). "Instinto de clase y resistencias obreras en Asturias bajo la dictadura franquista". *Mundos Do Trabalho*, 6(11), 225-252.
- Vega, R. y Serrano, B. (1998). *Clandestinidad, represión y lucha política; el movimiento obrero en Gijón bajo el franquismo (1937-1962)*. Gijón: Ayuntamiento de Gijón.
- Western, D. y Heim, A. K. (2003). "Disturbances of self and identity in personality disorders", en M. R. Leary y J. P. Tangney (Eds.) *Handbook of self and identity* (643-664). New York: Guilford.

\* \* \*

**Lorena Morán Neches** es graduada en Trabajo Social por la Universidad de Oviedo y ha centrado su formación y actividad profesional en el ámbito del género y la intervención con víctimas de violencia de género. Sus principales líneas de investigación son el género, la exclusión social y los movimientos sociales.

**Julio Rodríguez Suárez** es profesor de Psicología Social en la Universidad de Oviedo y en la UNED. Miembro del grupo de investigación Workforall, ha participado en numerosos proyectos de investigación, congresos y estancias internacionales. Ha publicado diversos artículos en revistas indexadas. Sus principales líneas de investigación son la exclusión social, la precariedad laboral y los movimientos sociales.